

de regalar un bastón a la Virgen e-
absurdo, aunque no es nueva. Todos
los personajes de la Corte Celestial
reciben de continuo presentes cuya
utilización les pondrá, de seguro en
un conflicto. Cualquiera puede ver
en las naves de los templos ex votos
múltiples y variados: muletas deja-
das allí por cojos que ya no lo son
manos y pies de cera, relojes de bo-
sillo, máquinas de afitar..., los ob-
jetos más incongruentes con las p-
sibles aficiones de una santa o de
un santo. Capas, mantos, aureolas de
metales preciosos, sortijas, alfileres
y pendientes, tienen la explicación
de un más transparente fetichismo.
Pero conceder honores de capitán
general a la imagen de la Virgen
María..., francamente, nos lleva al
estupor.

¿Cómo debemos interpretar el su-
ceso? ¿Debemos entender que se ha
concedido un ascenso a la imagen?
¿Debemos pensar que esta concesión
indica que los honores militares son
de calidad superior a los divinos, y
que sólo después de alcanzar un bas-
tón y una cruz y por un plebiscito
popular, puede una entidad celeste
aspirar a lo que tiene don Valerian
Weyler? ¿Será este un paso para in-
sinnar la conveniencia de llevar
a los altares a aquellos que alcan-
cen el grado de capitán general?

¿Por qué se supone que a la Vir-
gen le agradan los honores milita-
res? Y, se supone, ¿por qué no se
les conceden, sin formación de ex-
pediente, a todas las imágenes de
todos los santos? Al mismo tiempo,
la encubierta declaración oficial de
que la Virgen ha tenido parte pri-
cipalísima en la derrota que sufrie-
ron en Bailén las fuerzas napoleóni-
cas, ¿no creará cierta tirantez de
relaciones entre Francia y Nuestra
Señora?

Es imposible contestar a cualquie-
ra de estas preguntas. Lo único que
sabemos exactamente es que estamos
manchando el concepto de lo divino,

al contaminarlo en nuestra intención
de nuestras peculiares miserias y
pequeñeces. Si imaginamos al otro
mundo con todos sus rincones aba-
rotados de manos y pies de cera,
muletas y chapas de metal, es la-
mentable. Si le suponemos con ven-
tanillas para imposiciones, con
cualquier Banco, o con letreros de
«Se admiten donativos», como cual-
quier hospital..., mal asunto. Pero
sospechar que aquello se ha milita-
rizado es lo peor que pudiera ocu-
rrir.

Yo quiero hacer una declaración,
por si acaso. Como estoy seguro de
no dejar un sólo céntimo a los san-
tos ni a las órdenes religiosas, me
molestará encontrar en el Cielo so-
ñoras o señores que me miren por
encima del hombro y ocupen un si-
tio mejor que el mío por haber rega-
lado siete puñales de plata a una
imagen de la Dolorosa o una bicicle-
ta a San Juan Nepomuceno. No lo
toleraré, y les retiraré desde luego
el saludo a esos que pudiéramos ha-
llar bienaventurados de cuota. Que
no se cuente tampoco conmigo para
todo lo que sea recibir, limpiar, con-
servar o catalogar los ex-votos. Me
resistiré (sintiendo mucho dar mal
ejemplo) con la más tenaz de las
huelgas de brazos caídos.

Claro que nada de esto me hará
renunciar a la estancia en el Cielo;
no ocurrirá sino que me pondré de
mal humor.

Pero si allí hay paradas y desfi-
les militares y bastones de mando y
casco con punta, y hay que cua-
drarse para saludar, y decir: «a la
orden, mi general», y aprender el
ejercicio y oír hablar jactanciosa-
mente de enemigos destripados, ca-
ñoneados, lanceados, ametrallados o
envenenados con gases..., entonces
—queda dicho—, entonces pediré que
me vuelvan a abrir la puerta.

W. Fernández Flórez.

Madrid, Junio 1925.

curo con sólo hacer que no venga
el médico.

—Pero... — quiso intervenir la
hija.
—Nada... No recheisteis... Al
médico se le despide.

En seguida escribió un telegrama
a su esposa. «Como supuse no ha
habido disparo».

El herido encontraba divertido
aquel optimismo de su suegro y se
sentía más aliviado.

—Tú verás, ya verás — le decía
el meditativo don Bernabé — como
te has de curar de lo que no se pue-
de suponer que haya sido posible.

Para los periódicos que habían da-
do la noticia del disparo funesto, re-
dactó don Bernabé un suelto, lo que
rectificaba la noticia diciendo que
había sido una falsa alarma, pues la
pistola no tenía bala.

A todo el que iba a preguntar por
el herido le respondía don Bernabé:
—Está completamente bien, pues
no hubo tal disparo.

Así al cabo de cuatro días la he-
rida estaba cerrada y lo que es más
curioso no se notaba en el sitio en
que estuvo ni siquiera una cicatriz.

El punto no existe—

Paquito Bernádez acostumbraba
a estar apuntando cosas con un lá-
piz al margen de los periódicos o
los papeles que tenía a su alcance.
Mirando con la cabeza torcida lo que
nacía, se pasaba las horas muertas
distruido, como haciendo una suma
de inagotables sumandos.

Por fin un día se despertó genial
el joven del lápiz fecundo y se de-
dicó a propalar que el punto no
existe.

En seguida su amigo el periodis-
ta, publicó una información con foto-
grafías y gráficos explicativos
dando una gran importancia al he-
cho de que fuere suprimido el pun-
to entre las cábalas de la humanidad.

El escritor festivo siempre al tan-
to de todo, escribió unas coplas di-
ciendo que no se podrían poner los
puntos sobre las ies y que el punto
y la coma se tendrían que divorciar.

Paquito Bernádez escribió un lar-
go informe para la academia de
Ciencias, pero como su teoría deja-
ba sin su único punto de apoyo a
toda la geometría, rechazaron el in-
forme y en su dictamen lanzaban
una insinuación que recorrió los
centros intelectuales matando para
siempre la teoría de Bernádez que
dejaba al mundo perdido en el ma-
yor de los cielos.

«Aun suponiendo que el punto no
existiese — era el último conside-
rando del dictamen de la Academia
—siempre habría que considerar que
el tal Bernádez es un «punto» y,
por lo tanto, toda su teoría adolece
de esa excepción cayendo, por decirlo
así, suicidada».



—¿Qué le pasa amigo, se ha vuelto loco?
—No, es para no olvidarme de un encarguito de mi señora.

Las turbinas monstruosas—

Aquellas turbinas inmensas, tre-
veces mayores que las mayores que
se habían conocido, hicieron tal re-
volución en las aguas y sus motores
trepidaron de tal modo que influen-
ron en la rotación de la tierra.

La autoridad tuvo que intervenir
en aquel alarde porque como dijeron
las potencias, no se puede «crear
lo inmenso», pues si los grandes te-
lescopios multiplicasen demasiado su
potencia habría que intervenir tam-
bién porque como sus miradas falta-
rían al pudor de las estrellas y a la
discreción que merece su desnudez.

Los días habrían acertado con per-
juicio de todos, sobre todo de la
agricultura que tenía casi media ho-
ra menos de sol.

Las brutales turbinas movidas por
unos brutales motores fueron des-
armadas y desde entonces se pone
cierto límite a lo colosal.

El balneario intelectual—

El hombre que quería hacer un
gran negocio aun estando en el fon-
do de aquel pueblo que sólo era ri-
co en aguas, dió por fin con el ne-
gocio posible y original.

Inventó el balneario para la in-
teligencia, el balneario que faltaba
en la amplia lista de los balnearios.

Con el doctor del pueblo confe-
ccionó un análisis de aguas buenas
para la inteligencia.

Cuerpos sólidos	Gramos
Fósforo de la mejor clase	0.817937
Radium inteligible	0.039380
Gases disueltos	C. C.
Oxígeno espiritual	5.32
Acido nítrico	3.53
Nitrógeno imaginativo	18.19

**Gases que se desprenden
espontáneamente**

	C. C.
Burbujas para ensayistas	2.16
Carbónico escenificable	97.84
Ozono vicio en greguerías	18.21
Nilium periodístico	4.06

Y, gracias a aquel balneario pri-
mero de su género, logró hacer el
dinero deseado el hombre que que-
ría hacer un gran negocio y el pue-
blo se llenó de escritores que aun-
que dejaron muchas trampas, como
eran sentimentales se casaban en
pago con las hijas de los patrones.

La serpiente sutil—

Apareció en los jardines del hom-
bre ingenioso una serpiente sutil. No
había tiro que la pudiese matar, ni
el perdigón de mostacilla, ni las
grajeas más finas del polvorista.

El hombre ingenioso comprendió
que era digna de su jardín la ser-
piente pero atemorizaba a todos los
suyos.

En vista de eso el hombre inge-
nioso se encerró en su habitación
para estudiar el arma con que ma-
tar a la serpiente sutil, delgada co-
mo los hilillos que tiende la ara-
ña sutil de romero en romero y al
cabo de unos días dió con el siste-
ma.

Inventó una especie de flecha ar-
cabucera para hojas de «Gillette»
que dispararía horizontales, rosau-
tes, cogiendo al sesgo la serpiente.

Al cabo de los días la ensa-
yo viendo que cortaba las varillas
de los árboles como la afilada nava-
ja de los injertadores.

La hoja de Gillette al brotar del
arma producía un silbido serpenti-
no y matemático.

El hombre ingenioso esperó de-
trás de los matorrales a la serpie-
te sutil y ¡zas! la partió por la
cintura en dos mitades, como peda-
zos de una serpe eléctrica.

El fenómeno del museo—

Los cuadros de los museos van en-
vejeciendo. El crítico de arte zagaz
ha comprobado que los caballeros
del Greco no eran tan viejos hace
cien años.

Muy pocas veces se describen con
todo detalle los cuadros y por eso
ha podido pasar inadvertida esa
condición de su envejecimiento. A
veces se dice «caballero de edad» y
eso no precave para sorprenderse
cuando tiene todo el pelo blanco.

El crítico de arte zagaz, por algu-
nos detalles de las fotografías y de
las copias, encontró el envejecimien-
to en que van sucediéndose a tra-
vés de los siglos los personajes de
los cuadros.

Además, en sus estudios sobre la
vejez de los cuadros, llegó también
a la conclusión de que los visitantes
se van llevando el espíritu y, por
decirlo así, la vitalidad de los cua-
dros. Todas esas gentes de la cha-
pa — la chapa que les han entrega-
do por sus paraguas o su bastón al
entrar — destruyen algo el cuadro.

Para evitar las dos cosas el crí-
tico de arte zagaz se reunió con al-
gunos químicos y con dos o tres sa-
bios inventores de específicos para
el cabello y su refortificación, lo-
grando entre todos, fabricar el bar-
niz oxigenado y tintureador para sal-
var a los cuadros del envejecimien-
to y la denudación.

D. GOMEZ DE LA SERNA

Para LA RAZON

Nuevas invenciones

Dar por no realizado el hecho—

Cuando el meditativo don Berna-
bé recibió el telegrama de su hija
refiriendo que su yerno había sido
herido de un balazo. Dijo a su es-
posa con tono de aseveración: «No
puede ser».

La esposa no se conformaba y le
repitió: «Pero no ves lo claro que
está el parte!»

—No puede ser — insistió don
Bernabé.

El plan del meditativo don Berna-
bé era poner en práctica una idea
que venía acariciando en su mente
desde hacía mucho tiempo.

Según esa idea insistente y pre-
cisa del meditativo si se diere por

no realizado un hecho se borraría su
existencia del mundo. Sólo contra la
muerte sería inútil ese procedimien-
to, pero en todo lo demás, no po-
día fallar.

—Tu verás cómo te telegrafio que
ha sido una equivocación del telé-
grafo — dijo su esposa el meditati-
vo don Bernabé, antes de partir pa-
ra el pueblo en que vivía su hija.

Don Bernabé al entrar en casa
del herido ya en el pueblo comenzó
a fomentar la convicción del no pue-
de ser.

Al doliente le dijo:

—No hablemos más de eso... El
tiro te lo has pegado con una pis-
tola descargada. Tú verás cómo te

predominan las formas chicas —



Gomez de la Serna
Madrid, 15 de Julio de 1925.